

El llamado de la inteligencia

Aline Pettersson

¿Qué hace atractiva la lectura de un libro? Me parece que el llamado de la inteligencia que chisporrotea como las luces de bengala. Y de eso está lleno el *Diccionario antológico de aforismos* reunidos por Irma Munguía y Gilda Rocha Romero, publicado por la UAM, Unidad Iztapalapa en 2007. Primero habría que comentar que su estudio introductorio es brillante y esclarecedor. Ahí se analizan las características que conforman el tema de una manera nítida, así como la historia del aforismo desde la antigüedad. Las compiladoras se dedican a explorar los caminos de los muchos autores incorporados en el volumen. “Los aforismos (...) son como pequeñas islas definidas por el silencio que les precede y el que los sigue”. Y sí, entre esas dos lindes de silencio, se despliega y crece su sentido.

En la amplia reunión de textos del libro se extiende el poder cautivador de la mente que se irradia en el lector para seducirlo. Se trata de un trabajo cuidadoso, amoroso, entregado. Y éste habla del fulgor del pensamiento de quienes aparecen por estas páginas así como de quienes se dedicaron a la labor de reunirlos. De extraer las perlas del texto de porciones más amplias, como por ejemplo, las citas de *Muerte sin fin* de Gorostiza.

El formato de diccionario permite al lector abrir el volumen al azar para nunca quedar defraudado. Y en estas “pequeñas islas” el tiempo fluye desde Safo o Montaigne, por ejemplo, hasta Castellanos y Kundera. La mente no está ceñida por los límites temporales, sus brillos trascienden los siglos.

El libro está elaborado con un ramillete generoso de autores, algunos aparecen constantemente, tal como Cioran cuyas fra-

ses son inevitablemente sabias y sorprendentes: “El escéptico quisiera sufrir como los demás, por las quimeras que lo hacen vivir. No lo consigue: es un mártir de la *sensatez*”.

Hojea el *Diccionario antológico de aforismos* es un viaje muy placentero entre la rica proliferación de citas que fueron reunidas a lo largo de las lecturas de Munguía y Rocha Romero. Y se puede muy bien detectar el gozo de las antologadoras por este trabajo que aquí resplandece.

Hay diversas formas para encarar un libro y, éste que nos ocupa, no es para leerse de un tirón. El libro es, más bien, para tenerlo al alcance de la mano como una suerte de Biblia de cuyas páginas va a brotar siempre un rasgo brillante. Es también una suerte de ruleta que va a detenerse en el sitio preciso, aunque aquí no hay otros.

“¿Nuestras ideas, serán fósiles del futuro?”, se pregunta el también multicitado Nietzsche. Y precisamente las ideas salpican por todas partes de parte de todos. Así, este gratísimo diccionario vuela bajo los ojos del lector hasta las más altas regiones, porque jamás se trata de gracejadas sino del lustre de quien ofrece su visión particular sobre algún tema o varios.

Desde luego que los textos están revestidos de ironía, no podría ser de otra manera para el cabal desempeño del proyecto. Y es que la ironía es una porción elevada del pensamiento, es el sitio distanciado donde se para el autor para contemplar el mundo y dar cuenta de él, así dirá Vitale: “¿Hacia dónde corremos, los que estamos tan quietos?”, por ejemplo, o “Sin ilusiones, vivimos apenas el sueño, que es la ilusión de no poder tener ilusiones”, según Pessoa.

Un estado de ánimo con un toque muchas veces ácido permea la lectura. Es inevitable porque “la inteligencia es una enfermedad del instinto”, dice Golwarz, y el instinto del lector aquí se aguza.

De vuelta al trabajo acucioso de estas investigadoras, no puede menos que admirarse no sólo su lectura, sino la organización en que fueron disponiendo las 1044 entradas del diccionario de “abandonar” a “yugo”, el lector se abandona a la lectura sin sentir jamás ese yugo, y sí un deleite grande donde ejerce su propio sentido crítico. El diccionario cuenta con un índice temático y otro por autor, lo que permite elegir el transporte idóneo para la travesía, porque es claro que tanto puede interesar el asunto, como también seguir descubriendo en un mismo autor sus opiniones diversas. No hay desperdicio.

Además de Cioran y Nietzsche, otros escritores muy citados son Antonio Porchia, Jean Braudrillard, Jorge Luis Borges, Ramón Gómez de la Serna y Edmond Jabès, pero asimismo aparecen Edmundo Valadés, Jorge Volpi y Guillermo Samperio. Igual hay prosistas que poetas o ensayistas. Y, es obvio que la lista no se limita ni en espacio ni en tiempo, lo que lleva a constatar que la inteligencia no tiene fronteras que la limiten.

El viaje por estas páginas conduce al lector a su propia labor de reflexión acompañado muchas veces por la sonrisa o la misma risa. En todo caso, siempre por el brillo de la inteligencia que aquí se irradia desde cada una de las “pequeñas islas” que lo conforman.

El *Diccionario antológico de aforismos* es una grata manera de apropiarse de la agudeza de los muchos autores convocados para hacerla florecer con la lectura. **U**